

LA UNIVERSIDAD CATOLICA SANTA MARIA LA ANTIGUA HACIA SU CUADRAGESIMO ANIVERSARIO.

Panamá, República de Panamá

La Universidad Católica

La identidad católica de las universidades que han optado por esta referencia debe ser considerada como un proyecto que repercute sobre la historia y la tradición y comporta una parte importante de riesgo intelectual y de desafío. En lo esencial, este desafío consiste en que la universidad puede contribuir a la dinámica del cristianismo y a la eficacia del Evangelio a través de los medios que le son propios: el trabajo de la inteligencia y de la razón articulada a una exploración de la memoria cristiana.

Tal desafío descansa sobre dos convicciones. La primera, la fecundidad del cristianismo, que reside en su capacidad no de rechazar la modernidad, sino de invitarla a ir más allá de sí misma. La segunda, que la Universidad puede ser un lugar privilegiado para repensar el puesto de la inspiración cristiana en las sociedades contemporáneas y en las sociedades de mañana.

Con los medios que le son propios, ella puede desempeñar un papel central en la organización del encuentro entre la memoria cristiana y los retos del tercer milenio. La historia de la Iglesia nos informa de otras circunstancias comparables: las universidades de fines de la Edad Media, al lado de los órdenes religiosos, sirvieron a la causa de la fe cristiana, fuera de toda instrumentalización.

Hace falta entonces considerar hoy que se trata de un programa en la agenda de la Universidad católica; implica opciones explícitas de la autoridad académica y el sostén de la comunidad universitaria.

Así mismo y a fin de tratar estas cuestiones de manera pertinente, la Universidad no puede aislarse de la experiencia de las comunidades de su entorno. Las búsquedas y las tareas de estas comunidades deben nutrir su trabajo. A este respecto, la Universidad católica prestará atención a las relaciones que mantendrá con tres órdenes de instancias.

La Universidad católica no puede ser considerada como la propiedad privada de la comunidad cristiana, en el sentido de discriminante. Esta definición estrictamente institucional haría correr el riesgo de ahogarla instrumentalizándola. Por el contrario, es legítimo y necesario que la comunidad creyente encuentre en la Universidad un compañero atento, sensible a sus propias interrogantes y que lleve a cabo con ella el trabajo necesario a favor del desarrollo cristiano. Importa que un diálogo fecundo, en el respeto de las identidades propias, pueda establecerse y prolongarse entre la Iglesia y la Universidad, al mismo tiempo que importa tener lúcida conciencia de que, en tanto que instituciones, les guían diferentes regímenes intelectivos en una misma Verdad.

Es lógico igualmente que la universidad católica -y en particular la USMA por su papel en Panamá- mantenga intactas las exigencias de universalismo reclamadas por su doble calidad de Universidad y Católica. Concretamente, esta preocupación implica la apertura y la gestión activa de las relaciones con otras universidades compartiendo estas preocupaciones.

En fin, la referencia al cristianismo obliga a solidaridades concretas: lucha contra la exclusión y las relaciones de dominación en todas sus formas; investigación, en el orden de la organización social o de las relaciones entre los hombres, de principios de equidad y de justicia; investigación, en el orden de las ciencias, de un conocimiento que permita al hombre y a la mujer ser más libres y más creativos. Esta última obligación pide a la universidad un trabajo o investigación en el orden ético o axiológico, injertado en opciones concretas a las cuales son confrontados los actores de la universidad y que no se satisfacen con respuestas hechas.

Tamaño programa implica la conjunción de tres condiciones: la preocupación de la Universidad como tal de tener un papel que desempeñar en la historia eficaz del Evangelio; la libertad; y, en fin, la exigencia de coherencia que ella se impone a sí misma. La primera condición no implica una adhesión personal de cada miembro de la Universidad a la fe cristiana. Exige sin embargo que las cuestiones que plantea sean aceptadas por todas y por todos como razonables y que la inversión de la institución en la materia sea no sólo aceptada sino juzgada esencial. A este respecto, el riesgo más grave que corre la universidad católica -y en lo que nos concierne la USMA- sería volverse una universidad banal cuyos miembros exclusivamente preocupados de sus intereses profesionales a corto plazo se desinteresaran de toda cuestión sobre el sentido o las opciones culturales del mundo en el que viven.

Desde luego, La libertad en la investigación es también una condición esencial de la misión de la Universidad, pero inseparable de las responsabilidades que le están ligadas.

El rigor es, en fin, una tercera condición de este programa. Para no ser coartadas, las justificaciones que la Universidad da a su acción, como su identidad confesional, deben crear obligaciones que hay que respetar rigurosamente. Podemos pensar, y no nos equivocaremos, que esta exigencia y esta libertad son razones suficientes para que los investigadores y profesores que no comparten la referencia cristiana no vean obstáculo para trabajar en la USMA y compartir su futuro, puesto que encuentran y encontrarán en sus tareas y en las condiciones de su desarrollo, un eco a sus propias aspiraciones.

Programa muy exigente el que proponemos, pero, sobre todo, necesario.

¿De qué pozo beberán los compañeros de nuestra aventura universitaria en los próximos años? ¿El carácter "católico" de la USMA será capaz de estimular a la Universidad y de animarla en los desafíos de un nuevo milenio o esta etiqueta que a algunos molesta, irá al reino de los valores virtuales? Este Rector llama a la apertura y al rechazo de la identidad en sentido reductor. Apertura, desde la identidad, a la acogida de las diferentes religiones y

convicciones; apertura a un trabajo propiamente universitario que concierna la expresión contemporánea de la particularidad cristiana: apertura, además, a la permanente novedad de un Evangelio que invita a situarse del lado de los más heridos y golpeados de nuestro presente.

El crucifijo que está en mi despacho, en el salón de la Junta de Directores, en la Capilla, recuerda la vida y la acción de un "verdaderamente hombre" irreductible a la lógica de cualquier sistema establecido o de cualquier mercado.

La Universidad

La ambición de esta rectoría es la de todos ustedes. La de construir una universidad de renombre en un marco de referencia ampliado al mundo internacional y que debe responder a las exigencias incesantemente crecientes de la comunidad

Tenemos que ser una universidad que responde, pero ¿a quiénes y a qué? Tradicionalmente se ha dicho que la misión de la universidad tiene dos componentes fundamentales: la oferta de una enseñanza de la más alta calidad y la difusión de nuevos conocimientos. Nosotros, siento, estamos revisando esta concepción proponiendo que la misión de la Universidad consiste en servir a diversas comunidades de personas que anhelan aprender y que buscan programas de educación que sean estimulantes en el plano intelectual y que incluyan la investigación de calidad.

El matiz tiene su importancia. En el papel tradicional de la universidad, ella se presenta como dueña de los programas, ella elige sus métodos pedagógicos y difunde el conocimiento; su objetivo está centrado sobre su propia acción. En la otra aproximación, la universidad aparece más preocupada de su entorno y escoge como objetivo prioritario la mejora del bienestar individual y social. Sin por ello descuidar el rigor y la calidad, la universidad revisa y adapta su pedagogía y sus programas en función de un público estudiante que evoluciona y de las nuevas calificaciones deseadas por el sector empleo, sea de mercado o no. Según la primera aproximación, la universidad es una institución donde se practica la enseñanza (lo que hacen los profesores); la segunda aproximación define una institución donde se realiza el aprendizaje (eso que hacen los estudiantes). Acentos, pero los acentos cuentan.

La idea de una universidad al servicio de aquellos que la frecuentan y de su entorno es la clave de su transformación. No es el número de matrículas ni el número de horas de clase ofrecidas a los estudiantes lo que determina el rango de una universidad; se trata más bien de saber si sus egresados están preparados para afrontar la vida profesional, para adaptarse al cambio y a la evolución de los conocimientos a lo largo de toda su vida, para formarse un juicio ético. Así mismo, la calidad en materia de investigación debería ser evaluada en función de la ampliación y de la transferencia de los conocimientos, de su impacto sobre la humanidad y sobre el entorno, más que sobre el número de publicaciones.

Hoy se habla mucho de especialización de las universidades. Unas dedicadas a la enseñanza básica (lo esencial obligatorio), otras centradas sobre los postgrados, maestrías, doctorados, así como sobre la investigación. Quizás algo de esto planeó en la USMA cuando se acentuó tanto la distancia entre Facultades e Investigación y Postgrado. ¿Por qué separar tanto? ¿Por qué no coexistir, en la misma institución y en buen entendimiento, una enseñanza básica propuesta a muchos al lado de una investigación de punta desarrollada sólo en ciertos campos? Siempre, no lo olvidemos, con una orientación de excelencia, que va más allá de las separaciones disciplinares tradicionales, y sin descuidar el servicio a la sociedad vía la consulta y la competencia o "expertise" en un marco de desarrollo ético. Se trata de contribuir a facilitar el logro de personas más realizadas y de un mundo más humano, a través de la humilde tarea universitaria.

Sólo pretendo abrir el campo a una reflexión que debe ser permanente en la USMA sobre qué es una universidad y más aún una universidad católica. En la edad de la supercomplejidad, dar ideas debe ser la exigencia fundamental. Tal exigencia hará de la universidad un lugar, digamos, algo en torbellino y más incierto. Pero, en la universidad la calma no necesariamente es señal de una moral elevada. La universidad no puede vivir sin riesgo en la edad de la supercomplejidad.

Queremos ofrecer a nuestros estudiantes programas estimulantes en el plano intelectual, que incluyan la investigación de calidad y alimenten el desarrollo ético; deseamos que ellos encuentren en la USMA la fuente de su desarrollo personal y que tengan, más tarde, una buena inserción profesional. Ha llegado el momento de acabar de desprendernos de la formación pasiva y adoptar una pedagogía activa, en la que los estudiantes se sientan más implicados. Ellos y ellas deben adquirir en la USMA la pasión de aprender, para lo cual su compromiso personal es indispensable.

La pedagogía activa y la formación continua nos conduce a invertir en las tecnologías de la información. La tiza, el tablero y el libro conservan un innegable poder de formación, pero la Universidad debe ser sensible a la gran reorganización de los dispositivos de enseñanza y aprendizaje hecha posible por las tecnologías de la información. Su potencial es considerable en cuanto al acceso a la documentación científica, la formación no presencial, la cooperación al desarrollo. Contamos con nuestros jóvenes profesores, más familiarizados con estas tecnologías, para que nuestra USMA desarrolle una actitud proactiva. Ya sabemos que las instituciones universitarias son brillantes para construir compartimentos cerrados, pero brillan menos cuando se trata de desmantelarlos. ¿Podremos nosotros seguir el proceso de conversión?

Cualesquiera que sean los acentos de mañana, y cualquiera que sea su especialización, la Universidad, para seguir siendo universidad, se encontrará confrontada, y cada vez más, a la necesidad de proponer una lectura crítica de la sociedad y dar, sobre cuestiones fundamentales, opiniones tan libres como se pueda. Si una universidad no estimula más, si no incomoda más las instancias políticas, económicas, sociales, filosóficas de un país, ¿está cumpliendo plenamente su papel? Sobre todo cuando la bella palabra

"universidad" contiene una idea de universalidad, fundada sobre la mutua fecundación de todas las disciplinas. No podemos ocultar que existe un riesgo de selección entre sectores considerados como rentables y otros de los que se piensa, quizás ligeramente, que lo son menos. Pocos se aventuran a negar la utilidad social de la enseñanza, de su función pública y la de la investigación, campos hasta hace poco no considerados de mercado. Pero, ¿cuál será su lugar en la Universidad dentro de veinte años? ¿Qué rentabilidad le será reconocida? Y entonces ¿de qué medios dispondrá?

Una universidad, por definición, por fundación, por vocación, es primero que nada un proyecto cultural, estimulado por una visión compartida. En virtud de una historia o de una identidad social, ciertamente, pero tomando en cuenta también una función cuasi socioterapéutica: la de rearticular lo que en la sociedad se separa, la de dar sentido a las construcciones o la de iluminar las rupturas. Conjuntamente con el proceso necesario de adaptación, debe darse el de una necesaria reflexión de fondo sobre el mismo papel de la Universidad. ¡Cómo no!, la universidad puede desaparecer; y hacerlo suave, imperceptiblemente. Desaparecerá si renuncia a la invitación al sentido y si ella no opta, sin desmayo, por formar a sus investigadores, a sus profesores, a sus estudiantes y a todo su personal, a la responsabilidad y al análisis crítico.

Evidentemente, es necesario que, junto con esta ambición honorable y alta, la Universidad tenga un real poder de atracción frente a los programas de formación ofrecidos directamente por el sector económico. A nivel internacional son notorias las grandes empresas privadas que forman así sus cuadros, no sólo preparándolos para su oficio en la empresa, sino también imbuyéndolos de su cultura. En Panamá, a nuestra escala, también conocemos. ¿Qué aporta entonces una universidad como la nuestra? Precisamente la capacidad de interrogar y de interrogarse; de toma de distancia sobre sí misma y sobre el mundo. Y estas exigencias igualmente existen entre los jóvenes, entre los profesores, entre los investigadores, entre los graduados. Exigencias fecundas que la USMA tiene todo el interés en acoger y en acompañar.

Gestión

Excelencia, transparencia y rigor presupuestario son los instrumentos indispensables de la gestión moderna.

A nivel internacional se dice que para marchar hacia delante hay que lograr ser una economía del conocimiento muy competitiva y muy dinámica, capaz de un crecimiento económico durable, acompañado de una mejora cuantitativa y cualitativa del empleo y de una mayor cohesión social. Los medios de acción de esta sociedad del conocimiento son la educación, la formación permanente, la creación de un espacio de investigación y de innovación.

Las universidades serán vectores esenciales para transformar estas ambiciones en realidades tangibles. La legítima ambición de la USMA es la de ocupar un lugar eminente respecto a nuestro entorno panameño en este proceso. ¿Tiene los recursos? Frente a la creciente concurrencia universitaria sólo lo logrará si dispone de medios financieros suficientes planteando las

buenas opciones estratégicas y cuidando de no caer en lo que una cierta tradición llamaría vender su alma.

Dos de los medios de acción estratégica indispensables son el control de calidad y la concentración sobre las fortalezas. Los dos, difíciles.

La USMA debe practicar un permanentemente control de calidad. De hecho, tenemos años de ir caminando en esa dirección, pero nos falta mucho tramo por recorrer. Hay que completar con otras fuentes para el análisis como lo son: -la evaluación interna. Debe continuar, conduciéndola sin complacencias bajo el permanente debido control; -la evaluación de los pares y de los concurrentes. Indispensable y desemboca casi siempre en una muy útil lógica de "benchmark"; -la evaluación de los "usuarios". Compleja, pero hay que practicarla sin excusas. En el caso de la evaluación de los profesores por los estudiantes, difícilmente escapa a peligros; puede hasta ser cruel y a veces injusta, pero no atender sus indicaciones sería un grave error; -la evaluación de los "consumidores", de la sociedad; sin duda la más delicada. La necesaria independencia de la Universidad; el miedo de ver el mercado invadir nuestras actividades pueden presentarse como razones, o pretextos, para no afrontar o para devaluar la opinión de aquellos que emplean a nuestros egresados, se benefician de nuestras investigaciones o de los servicios a la sociedad. Y, sin embargo, si bien está totalmente descartado que la Universidad se someta al mercado, esta opinión, aunque en ocasiones pueda ser parcial, somera, hasta inadecuada, es una fuente capital de información para conducir un desarrollo en constante búsqueda de excelencia.

En todo el proceso de evaluación, además, tendremos que superar carencias como: la ausencia de un método sistemático de recogida de datos que sustente la evaluación; la falta de mecanismos de validación de la información; la inexistencia de un plan de seguimiento de las acciones de mejora; o la voluntariedad en la participación.

Por otra parte, identificar fortalezas y debilidades es tarea difícil, ¿qué duda cabe?, porque conducen a exigencias de opciones. La lógica de los polos de atracción tecnológica, de polos interuniversitarios y de redes de investigación impone concentrar los esfuerzos en lograr situarnos entre los centros de excelencia que dominarán mañana el paisaje latinoamericano. La opción de los centros de investigación es tanto más difícil porque la excelencia de mañana no se puede medir siempre con la de hoy y que algunos sacrificios podrían mostrarse como opciones erróneas de duras consecuencias. Esta estrategia académica y de investigación es, sin embargo, pese a sus interrogantes, el único método que nos permitirá mañana, tratar de igual a igual a otras universidades de nuestro entorno internacional.

En cuanto a lo de no vender su alma, no olvidemos que la especificidad de la universidad católica no se encuentra en la pertenencia a un medio sociocultural o en un conjunto de intereses filosóficos, sino en un proyecto creador de obligaciones en tres campos al menos: la confrontación crítica entre fe y razón; la exploración del mensaje cristiano considerado como abierto a la inteligencia creativa; la realización de las obligaciones éticas implicadas en las referencias

de la Universidad al cristianismo. Construir solidaridades como las que ya antes he nombrado; se trata del catolicismo de la apertura y de la exigencia.

La dolorosa constatación de que la brecha entre países ricos y países pobres ha seguido ampliándose nos muestra que el crecimiento para todos por la mundialización era una ilusión. Lo cual se ve acentuado con la constatación también de que el crecimiento del Producto Interno Bruto en los países pobres sólo aprovecha a algunos. ¿De qué sirve el aumento fabuloso de la riqueza y del conocimiento, si es para abandonar a su suerte a tantas y tantas poblaciones?

Las respuestas no son sólo políticas. No seríamos una universidad católica digna de este nombre si no movilizamos la inteligencia a favor de un mundo más equitativo. La necesidad de sentido es reclamo perceptible por todas partes. La Universidad debe cumplir su papel eminente: ser portadora de sentido. Delante de la sociedad, iluminar los contornos inciertos del mañana. Trascender los egoísmos por un humanismo inspirado.

Mirándonos hacia adentro añadamos en cuanto a gestión la necesidad de desarrollar cultura organizacional, psicología organizacional. Un botón de muestra: asumir que los procedimientos tienen que cambiar si se ha informatizado o se está haciendo, su area de trabajo. Otra muestra: no cabe duda de la importancia de las reuniones de trabajo, pero las decisiones que se tomen son para ejecutarse, no las inercias que en ocasiones se constatan. Cuestiones organizacionales, pero también cuestiones de ética. El costo del cambio de mentalidades y hábitos ante nuevas realidades, pero con un horizonte prometedor, sin duda.

La Formación

En estos momentos en que se desarrolla la sociedad de la comunicación y del riesgo ("vacas locas" prueban), nuestra Universidad debe ser uno de esos lugares privilegiados donde el cambio se anticipa, se elabora, se acompaña y se trasciende para diseñar, al servicio de la mujer y del hombre, un mundo mejor. ¿Qué medios tiene la Universidad para responder a las necesidades en investigación y en formación? Porque si no los hay o son muy en cuenta gotas, ella se detendrá.

Que la USMA responda supone una sutil dosificación entre responder a y responder de. Responder a las necesidades presentes y futuras de una sociedad en mutación, desde luego, pero al mismo tiempo responder de la calidad de sus productos, de cabezas bien puestas sobre los hombros, de hombres y de mujeres capaces de sentido crítico, de creatividad y de compromiso, es decir de responsabilidad, derivado de "responder". ¿Por qué caminos hacer progresar la ciencia a la vez que educamos, es decir abriendo a la autonomía y a la responsabilidad? ¿Cómo? En diversos foros internacionales sobradamente se ha dicho que hoy en día cada universitario debe cursar simultáneamente tres carreras: la de la enseñanza, la de la investigación y, cada vez más, la gerencial. ¿Es posible asumir todas estas tareas plenamente? ¿O vamos hacia otra especialización, la de profesores-educadores y la de

profesores-investigadores? Hay gran riesgo en separar la enseñanza de la investigación.

Para evitarlo, a la vez que reconociendo y aceptando la amplitud de la tarea, ¿por qué no realizarlas colegialmente, confiando el conjunto de responsabilidades a equipos provistos de una dirección estimulante, y dejando al mismo equipo o grupo la necesaria distribución de funciones? A la pregunta, "¿se debe ser el mejor en todo?", hay que responder: "desde luego, pero no necesariamente al mismo tiempo". No se trata de ahogar la noción de realización individual, tan vital como estímulo legítimo para el trabajo de grupo. Soñando, podríamos decir que uno de los objetivos de la Universidad en materia de investigación es la de tener la capacidad de crear las condiciones para el surgimiento de un Premio Nobel, a condición de que no olvidemos que un Premio Nobel conlleva todo un equipo, sin el cual no sería posible.

La investigación ya no es un trabajo de paciencia solitaria a toda prueba, sino fruto de un equipo cuyo objetivo a alcanzar prima sobre los intereses individuales. Las autoridades políticas de un país y los directivos de universidades deben más bien limitarse a dar impulsos y a organizar el mejor entorno posible. El trabajo propiamente dicho vendrá de la base, de las redes de enseñanza y de investigación que no se dejan intimidar por la separación de disciplinas y que no necesitan esperar la institucionalización de programas o de acuerdos para establecer colaboraciones concretas.

El funcionamiento en red y el trabajo en equipo son los que permitirán a la USMA, cada vez mejor, salir al encuentro de públicos diversificados. Por cierto, el número creciente de estudiantes adultos conllevará necesariamente una evolución de las relaciones entre educadores y educandos, así como en la demanda de formación y en las condiciones de adquisición de ella. Nuestra Universidad no es una yuxtaposición de profesores, de estudiantes, de personal administrativo y de mantenimiento. Ella tiene una historia, una identidad y una cultura propias, lo cual impone a cada miembro de nuestra comunidad el sentirse parte de este cuerpo social, así como ser responsable y actor de la USMA. Ciertamente una descentralización es indispensable.

La heterogeneidad de las disciplinas, de las facultades, de las escuelas, es incompatible con una centralización excesiva y una uniformización esterilizante. Sin embargo, sería muy peligroso que cada uno se replegara sobre su unidad de trabajo sin compartir y construir con los otros el cuerpo vivo de la Universidad. Esta construcción permanente de la identidad de la USMA, en ello comprendida su dimensión de universidad católica, es tanto más indispensable porque mañana, más que hoy, muchos investigadores y académicos habrán realizado la totalidad de su formación en otras partes. Integrar a los que vengan será posible y será enriquecedor si sabemos todos afirmar la identidad específica de nuestra Universidad como un modelo de pensamiento viviente, una convicción, una pertenencia ampliamente compartida, asumida y proclamada por toda nuestra comunidad y también por nuestros egresados.

Pero, pensemos también: en unos años, ¿diez? ¿veinte?, la mayoría de los miembros de la USMA, incluidos los estudiantes, no estarán físicamente

reunidos con permanencia, como es el caso hoy. ¿Qué es lo que va a crear el sentido de pertenencia a una comunidad de enseñanza y de investigación, cuando el principal signo común tangible será quizás dónde está ubicada su dirección electrónica. ¿Cómo se situarán los estudiantes cuando unos habrán realizado la mitad de sus estudios en la USMA y la otra mitad en otro país gracias a intercambios, al mismo tiempo que otros vendrán de fuera para hacer sólo los estudios de último ciclo con nosotros? (¿Por qué no?).

Mientras que en el caso de las licenciaturas, el criterio económico y la proximidad geográfica son más importantes en la elección de la universidad que la confesionalidad, para maestrías y doctorados el reclutamiento de estudiantes e investigadores se internacionaliza cada vez más, ¿qué será entonces lo que definirá ser de la USMA? ¿Qué cultura universitaria será compartida? Algo se percibe con bastante claridad en el horizonte: más allá de la indispensable elección de la información y aún si la presencia en el curso o en el laboratorio no serán ya la clave principal del aprendizaje, el contacto y el encuentro, aunque menos frecuentes, devendrán cada vez más determinantes y más buscados por su calidad, su "expertise". Y sigamos preguntándonos. ¿Qué entendemos por "necesidades de formación"?

De alguna manera ya hemos dicho que no se trata de plegarse dócilmente a las exigencias del mercado, porque si lleváramos esta lógica al extremo, las universidades se limitarían a formar expertos, técnicamente irreprochables pero insensibles a los entresijos sociales que se encuentran debajo de su práctica profesional. El prejuicio que resultaría para la democracia es claro: la esfera económica pretendiéndose autónoma en relación a las otras esferas de la vida pública y dejando desdeñosamente a éstas como entretenimiento fútil, los cuestionamientos democráticos y algunas otras temáticas que en nuestro lenguaje universitario llamamos de Estudios Generales o que recoge nuestra pequeña Escuela de Filosofía, Ética y Religión. La Universidad debe continuar concibiendo su misión de docencia como una tentativa de apertura del individuo a todas las dimensiones del vivir juntos, del con-vivir. Lo mismo pasaría con el servicio a la sociedad.

La orientación utilitarista privaría al mundo universitario de su poder de posicionamiento crítico y le impediría el contribuir a la renovación creativa de la misma sociedad. Si, efectivamente, la educación no puede ser sometida al sistema económico, ¿cuál será la línea directriz de la acción de nuestra Universidad en el seno de la sociedad? Nuestra referencia católica nos ofrece unos valores que fundan nuestro proyecto para la sociedad. Recordamos: gusto por el saber, compromiso, fraternidad humana, solidaridad.

Se resalta, sobre todo, una búsqueda constante de una mayor equidad social y económica. ¿Estos valores, este proyecto, se transparentan suficientemente en nuestra enseñanza-aprendizaje y en los otros compromisos universitarios? Quizás algo de soñar, algo de ideal, es lo que más nos hace falta. Ninguna universidad puede escapar a la tensión entre las exigencias de la adaptación al sistema productivo y la dinámica de la creación cultural. La función más útil que tienen las redes universitarias es el aprendizaje común de la gestión de la tensión: más allá de la resistencia o de la sumisión, aprender a formular una

respuesta creativa a las interrogantes. A este respecto, la dinámica de la globalización o de la mundialización es simultáneamente una oportunidad y una amenaza terrible.

La peor estrategia para una universidad sería el insertarse en esta dimensión adaptándose pura y simplemente a las normas que vehicula. Las universidades que lograrán su paso a la dimensión internacional son aquellas que lo harán a partir de una identidad fuerte y de un proyecto claro. En fin, tanto en materia de investigación como de docencia, la eficacia buscada es de esencia distinta a la de la simple producción. Confundir las dos es correr el riesgo de atentar contra la razón de ser de la institución universitaria.

En tanto que lugar de investigación por excelencia, la universidad debe plantearse siempre una alternativa a las ideas "corrientes" privilegiando un trabajo de pensamiento al servicio de la humanidad, un conocimiento respetuoso y maravillado del mundo. Dentro de un cuarto de siglo ¿de qué servirá una universidad rica y activa cuyas capacidades no sirvan, con modestia pero con firmeza, a hacer la sociedad más humana?

Docentes y Estudiantes

La Universidad vive, crece y se transforma, bajo el impulso de una comunidad de hombres y de mujeres unidos por dos proyectos de vida: el propio y el de la institución. Ellas y ellos han elegido consagrar a la Universidad una buena parte de sus vidas, apasionados por la enseñanza y la investigación, atraídos por la posibilidad de descubrimientos y de seguir aumentando su competencia. A justo título esperan de la institución que les ofrezca el entorno, el tiempo y los medios para realizar su proyecto de vida que se extiende a lo largo de algunos decenios, y encontrar así una parte de su felicidad y recibir los signos de reconocimiento propios de la carrera que han elegido.

A la vez que estando muy atenta del bienestar de sus miembros, la USMA debe también elaborar y realizar su propio proyecto de vida para responder a la evolución y a las necesidades de la sociedad. No existe para la Universidad un camino ya todo hecho o un juez supremo que le dicte las decisiones a tomar. Ella debe, por sí misma, percibir las bifurcaciones importantes y hacer las opciones de futuro que, a veces, pueden ser fuentes de desgarramientos cuando el proyecto colectivo choca con el proyecto individual. Ella debe construir hoy la institución que nos sobrevivirá. Con el apoyo de los decanos, de los directores de Centro, de los directores de escuelas y de toda la comunidad universitaria, podremos hacerlo.

Para una universidad, la mejor manera de contribuir al desarrollo de la sociedad es ser una buena universidad, es decir cumplir excelentemente las tareas de enseñanza y de investigación que se le han conferido. Formar mujeres y hombres en todas las disciplinas y a todas las edades. La materia prima de la "empresa" universitaria es la materia gris. Pero este objetivo general tiene que traducirse en la realidad o en lo concreto de la sociedad, inscribirse en una historia o en un momento histórico que darán un color o una tonalidad particular a la manera en que la Universidad cumple sus misiones.

Nuestra misión de formación primeramente está orientada a los jóvenes que, por sus capacidades y su voluntad demuestran que anhelan construir su vida sobre la piedra angular intelectual y moral de una larga formación, profunda y especializada.

Nuestros estudiantes están confrontados a cambios sociales extremadamente rápidos y estoy convencido de que nos encontramos sólo al comienzo de esta aceleración. Los estudiantes van a tener que ser capaces de llenar diferentes funciones durante su carrera, de aprender nuevos oficios.... Frente a esto, ¿qué debe hacer la Universidad? ¿Cómo pasar del modo de erudición, a menudo ligado a una pedagogía de tipo pasivo, a un modo de formación que implica al estudiante y lo prepara? Ellas y ellos confían en el cuerpo académico para que defina el contenido, el método y la finalidad de sus carreras, y a menudo nos llegan desvalidos al término de sus estudios secundarios, faltos a veces de inspiración y enfrentándose a perspectivas de ofertas tan variadas que aumenta la indeterminación al elegir. Ellos no tienen siempre la tentación de seguir a sus padres, lo que es el principio de la sabiduría pero sobre todo, crecen en una sociedad cuya rapidez de evolución les perturba casi tanto como a los docentes. ¿No es nuestra primera responsabilidad la de darles confianza en ellos mismos y en el mañana?

Ese es todo el sentido de una pedagogía activa, basada sobre el acompañamiento individual en el desarrollo del espíritu y de la voluntad más que sobre la simple transferencia de un saber. No tenemos otra opción; la profesión universitaria dedicada a la vez a la investigación de punta y a la asistencia a aquellos que quieren formarse. La perennidad del saber cada día es desmentida por los nuevos descubrimientos y por la creciente imprevisibilidad de las evoluciones del mundo.

Nuestra tarea más noble, si no la más útil, sigue siendo la de transmitir una capacidad de aprender y un gusto por descubrir; la de ser una escuela de formación y no de selección. Una institución universitaria que quiere estar en el ritmo del progreso tecnológico no puede ignorar el potencial pedagógico de los multimedia, del estudio de casos, del aprendizaje por ensayo y error. Nuestra sociedad experimenta la urgente necesidad de reconciliarse con las ciencias. Es entonces urgente también que la formación científica gane las preferencias de los jóvenes, bajo pena de alejar a nuestros graduandos de su entorno económico y social. Otro campo, igualmente esencial, es la verificación permanente de la pertinencia de nuestros métodos y de la calidad de nuestros objetivos. Para lograrlo, deberemos sistemáticamente interrogar a nuestros egresados unos años después de su graduación. ¿Dónde vamos a encontrar análisis más constructivo que en nuestros jóvenes adultos confrontados con la vida social y profesional con las armas que nosotros les ofrecimos? La mirada sobre sus años de estudios, sobre su referente social, sobre la evolución de sus aptitudes debería aguijonear nuestra reflexión e inspirar nuestra pedagogía.

Ser protagonistas de su formación requiere de los estudiantes ante todo intensificar el interés por sus estudios, mejorar la formación y, en la medida de lo posible, mejorar la calidad de los resultados. Ser protagonistas de su

formación es a la vez asumir su formación académica y su formación personal. La transformación de los métodos pedagógicos debe ser acompañada de una mirada sobre la vida del estudiante, sobre las facilidades de convivencia que dan los lugares de los que somos responsables, sobre la realización individual que permite el medio universitario, sobre las dificultades sociales que desgraciadamente encuentran ellas y ellos. Tener el tiempo de una verdadera relación humana con una persona de calidad va a volverse un lujo cada vez más costoso. Se pagará por consultar a expertos.

El desafío de nuestra Universidad será lograr los medios financieros necesarios para estar en el rango de las universidades que gozan de este lujo de encuentro. Hoy, el estudiante debe poder tomar distancia en relación a la sociedad. Lo que quiere decir conocer, pero también forjarse una opinión y adquirir un juicio ético. Se forma gente que no reflexionan suficientemente, que no cuestionan suficientemente. El proyecto educativo no está suficientemente orientado en el sentido de la sociedad. El interés de las empresas que darán empleo suplanta el interés de la sociedad. Queremos enseñar a tener un espíritu de investigador. Trabajando en pequeños grupos y con equipos de profesores, nuestros estudiantes podrán ser acompañados a desarrollar una actitud crítica en relación al saber.

Lo que ciertamente es la actitud fundamental para la investigación. Queremos introducir, desde el comienzo de los estudios en la USMA, el gusto por aprender. Nuestra preocupación es doble: crear programas de formación que respeten el tiempo que el estudiante consagra al trabajo y permitir al estudiante elegir. En el aprendizaje como en todos los campos, es raro que se logre apasionar si no se puede elegir. Hay estudiantes que saben desde el principio lo que quieren hacer y nuestra oferta básica les resultará excelente.

Pero para otras y otros, más indecisos, no será así. Hay que facilitar que según se avance se pueda recibir mejor orientación. Ahora bien, todo esto no es sinónimo de abandonar a los estudiante a sus propias fuerzas. Insisto en el acompañamiento. Aquí, un problema principal es el de la información. Es indispensable informar mejor a los estudiantes: sobre la formación, sobre los cursos, sobre el campo de trabajo. Por cierto, la reflexión sobre la pedagogía debe cuidarse de volverse una reflexión que da vueltas sobre sí misma y olvida el proyecto de enseñanza que hay detrás del método pedagógico.

Lo más importante estriba en acercar al estudiante al conocimiento, conducirlo a implicarse más en su aprendizaje, enseñarle a tener una visión crítica de lo que aprende. Pero para ello no podemos descuidar a los docentes. Si los profesores no se sienten reconocidos por el trabajo a realizar para cambiar sus cursos, hay pocas probabilidades de que inviertan en el proyecto.

Educación continuada

Las universidades tienen que jugar un papel clave en la formación de las élites, en el entrenamiento intelectual de las poblaciones, en su apertura al mundo, en

la racionalización de las opciones políticas, en el descubrimiento de horizontes nuevos y en la equidad social.

En menos de un siglo en algunas regiones y en algunos grupos sociales, se ha pasado de los tiempos modernos a la era planetaria. Sin embargo, a penas se ha logrado construir respuestas a las interpelaciones lanzadas hace dos siglos y ya nuestra sociedad vacila ante un nuevo contexto y ante nuevos desafíos que presiente sin poder formularlos claramente. Si tales son las cosas, urge la formación permanente. El mayor desafío para la enseñanza es el abrirse, a todos los niveles, a todas las personas, pero garantizándoles una formación que no se limite a la erudición: ahí encontramos esperanzas para un mundo mejor.

El conocimiento se olvida, la capacidad de comprensión no se pierde. La formación continuada, alcanzando algún diploma o no, tiene que ser considerada como parte integrante de la misión educativa de la USMA, con la misma importancia e interés que las licenciaturas y postgrados. Las prestaciones que hagan nuestros profesores en esa área, que den créditos o no, deben ser reconocidas para sus puntuaciones. Es de la incumbencia de las Facultades sobre todo, la preparación de los programas de educación continuada.

El desarrollo de la formación continua responde a una motivación esencial: reforzar la ósmosis entre las necesidades y preocupaciones de la sociedad y las sensibilidades y proyectos de los miembros de la Universidad. En lógica, los egresados serán los primeros clientes de nuestra formación continuada. La irradiación intelectual de la Universidad en la comunidad impone no sólo la promoción de la formación de los adultos sino también la conformación de la red de nuestros egresados. Es parte de lo que conlleva la sociedad del conocimiento y del riesgo.

Egresados

En la gran mutación científica y económica de hoy, una de las cosas de primera importancia es la transformación del enriquecimiento intelectual en desarrollo económico y social. Sobradamente se ha dicho que hemos entrado en una nueva era, en la cual el conocimiento es la materia primera esencial y cuyo valor añadido es el contenido intelectual. ¿Qué hacer para transformar esta convicción en acción? ¿Cómo podemos participar en la renovación del tejido empresarial de nuestro país y aportar investigación e innovación?

La multiplicación de capital no sirve de nada si la materia prima, la innovación le falta. El foso que separa la investigación de la innovación puede parecer infranqueable, y sin embargo, un simple esfuerzo de voluntad y un poco de más organización pueden hacer milagros. Nuestros egresados, las relaciones Universidad-Empresa, la Fundación USMA serán imprescindibles para ello.

Ya he dicho que a nuestros egresados, entre otras cosas, hay que preguntarles lo que ellos piensan sobre la manera en que formamos a nuestros estudiantes; lo que en su opinión debemos hacer para que nuestros estudiantes sean

mejores en la carrera que han elegido; cuáles son sus expectativas... ¿Cómo tener canales para preguntar y para su contribución en todo lo que hasta aquí he expuesto. La red de nuestros egresados es prioritaria. Los graduados de la universidad son sus mejores embajadores; nos parece oportuno consultarles e informarles. Si la formación en la USMA es un privilegio benéfico, ella debería desembocar en el orgullo de la pertenencia y sobre un conocimiento íntimo y una asistencia recíproca de las que, ciertamente, la institución tiene necesidad.

Graduando a los jóvenes, deberíamos llevar en el corazón el saber qué ha sido de ellos, tener el placer de invitarles y de ofrecerles un acompañamiento de formación a lo largo de la vida que consolidará nuestros lazos con la sociedad. La federación de los egresados se inscribe en nuestra ambición de poner a la universidad en el corazón de la comunidad, de valorizar sus recursos y de abrirla al mundo. En fin, para ponerse al servicio de la sociedad, la Universidad tuvo que salir de su torre de marfil y esto es bueno. Sin embargo, no sería malo que de vez en cuando también se recogiera un poco para atreverse a tomar el tiempo de pensar, de ensayar, de equivocarse.

Sería bueno que en este tiempo de atropellos, ella se atreva a testimoniar la absoluta necesidad de una cierta lentitud. Servir a la sociedad es también pensar. Por su comunidad de docentes, de investigadores, de estudiantes, de personal de apoyo y de egresados, la USMA es una reserva de pensamiento para la sociedad contemporánea panameña. No puedo terminar sin hacer memoria de que ya sea llevar adelante sin descanso una investigación exigente y difícil, ya sea profundizar una relación pedagógica o de prestar servicio a nuestro pueblo, la tarea universitaria es portadora de placeres, de gozo. La libertad académica, que es fundamentalmente libertad de pensamiento y de responsabilidad; el estímulo de un entorno joven, la felicidad de "perder" su tiempo investigando, el hecho de aprender, en todos los sentidos de la palabra; el derecho al error que conlleva el deseo de exactitud, el apetito de saber que procede de la presencia de todas las disciplinas, hombro con hombro unas con otras, el anhelo de abrir puertas para establecer el diálogo, el debate.

Este gozo intelectual no tiene nada que envidiar a ningún otro, como no sea el celestial. Por cierto que Juan Pablo II, hace unos meses, en la inauguración del año académico de la Universidad Católica del Sacro Cuore decía que éste es nuestro particular camino de santidad. En último término, detrás de todo avance cultural rozamos el Misterio. Por lo demás, es poniéndose hoy en actitud de vigilia, a la escucha de las duras llamadas de atención que nos vienen de la realidad concreta, que la Universidad Católica Santa María la Antigua marchará con paso firme hacia delante. He hecho muchas referencias al futuro, al mañana.

He apuntado a un horizonte que puede parecer muy pretencioso. ¿Por qué no? La misma espiritualidad cristiana nos lo pide. Sabemos que el futuro no está predeterminado y, en consecuencia, está abierto a multitud de futuros. Reflexionar sobre el tiempo que viene es primero una interrogación sobre los devenires en potencia del presente y después preguntarse: ¿qué puede ocurrir?, ¿qué podemos hacer? Es decir, el futuro hay que proponerlo, no predecirlo, al mismo tiempo que estar abiertos a la sorpresa, a la novedad

insospechada, a lo que nos pareció imposible. Las propuestas constructivas emanan del pensamiento y sabemos que durante el siglo XXI no vamos a poder vivir de rentas. Habrá que atreverse a volver a pensar y dejar de lado ciertas ideas que provienen del siglo XIX o del siglo XX, porque ya no sirven para explicar y encarar el nuevo contexto. Si somos capaces de tener ideas positivas, actuaremos positivamente.

Si escondemos, si escamoteamos, nos exponemos a peligros ciertos, y si sólo vemos los peligros es muy posible que acaben realizándose. Tanto el catastrofismo como el optimismo ingenuo son malos compañeros de viaje. El mejor camino es la observación y el análisis del presente para comprender y construir el futuro. Jesús, Cristo Señor y María la Antigua siempre Nueva, nuestra Patrona, Sede de la Sabiduría, nos lo muestran claramente. . Somos testigos de una novedad de vida. Dice la Carta a Diogneto (siglo II): Los cristianos son en el mundo lo que el alma es al cuerpo.

Esta Carta no identifica ni homologa a los cristianos con la cultura dominante de su tiempo, pero, tampoco distancia a los cristianos de la sociedad que les rodea, como si fueran los puros, los selectos, los elegidos, los separados (= los fariseos). Así debe ser para nuestra Universidad, como el alma al cuerpo, en el concierto de las otras universidades panameñas.